

## CONCLUSIÓN

---

**Q**UIZÁ CON LO dicho hasta aquí se puedan comprender mejor dos cuestiones sobre las que hemos insistido. En primer lugar, que la implantación sólida de una identidad política democrática es una tarea que involucra de una forma u otra a prácticamente todo el conjunto de la sociedad. El que ésta pueda ser una empresa común se explica precisamente porque los valores y actitudes que le son propios no están reñidos con la defensa que cada quien pueda hacer de la opción política que más le agrade en el contexto del respeto a la pluralidad.

La segunda cuestión que se debe subrayar, y que se encuentra íntimamente ligada a la anterior, consiste en que la propuesta de socialización de una cultura política generadora de identidades democráticas no es algo

que responda únicamente a las buenas intenciones de quienes la consideran deseable desde un punto de vista ético, sino que tiene que ver también con su conveniencia y utilidad práctica. De ella depende que la vida cotidiana, en general, y la interacción política, en particular, transcurran de manera segura y confiable, sin los sobresaltos provenientes de la arbitrariedad, la ilegalidad o la incertidumbre propias de relaciones de poder como las que analizamos a propósito del fenómeno mítico. Si la política se piensa y se practica bajo parámetros *cuasi* religiosos en los que lo importante es la desacreditación a toda costa del “enemigo” con miras a su desaparición instantánea, entonces no tiene sentido empeñar esfuerzos en los poco heroicos quehaceres cotidianos por afianzar el funcionamiento democrático de las instituciones.

De hecho, siendo ampliamente reconocida la influencia de la política en los diversos órdenes de la vida social, parece que aún no reparamos lo suficiente en que los medios empleados para su ejercicio inciden de manera determinante en los resultados que se obtienen.

En este sentido, nunca será ocioso recordar que una de las funciones esenciales de la política consiste en

proponer e instrumentar soluciones plausibles a los problemas de la esfera pública, en el entendido de que lo prioritario consiste en imaginar e instrumentar las formas más productivas de articulación de la diversidad social y no la continua alimentación —en otros tiempos diríase exacerbación— de los conflictos también inherentes a toda sociedad compleja.

De aquí la pertinencia de subrayar que uno de los desafíos más importantes que hoy enfrentan las democracias estriba en la consolidación de formas y estilos de relación política que, recreando la pluralidad y la competitividad, sean al mismo tiempo capaces de impulsar decisiones con suficiente grado de consenso y efectividad para superar los obstáculos con los que se topa su desarrollo. Reforzar esta concepción es optar por la civilidad y por una estabilidad que, por cierto, no se riñe con el cambio.